

La villa de Tizimín fué el primer lugar en que estalló el movimiento preparado por el partido de Barbachano. Tuvo lugar este suceso el 15 de septiembre, y dos días después se pronunció también la guarnición de Valladolid, poniéndose al frente de los insurrectos los coroneles D. Sebastián Molas y D. Manuel Cepeda Peraza, jefes ambos de las dos secciones en que estaba dividida la brigada del Oriente. El acta levantada en ambas poblaciones contenía siete artículos, en los cuales se proclamaba la vuelta del sistema federal bajo la presidencia del general Santa-Anna, la Constitución federal de 1824, la particular del Estado de 1850, el restablecimiento de las autoridades constitucionales que fungían antes del 13 de febrero y la insubsistencia de la división de las tropas de la Guardia nacional en móviles y sedentarias. También se llamaba al Sr. Vega, y en su defecto al Sr. Llergo, para el desempeño de la comandancia general del Estado, siempre que ni uno ni otro se opusieran á la insurrección (9).

Molas y Cepeda tenían una inmensa popularidad en el Oriente, y pronto vinieron á engrosar sus filas aquellos antiguos y valientes soldados de la cuarta y quinta división, que habían hecho las memorables campañas del 48 y 49. El jefe de la revolución no quiso desperdiciar este primer arranque de entusiasmo, y sin desguarnecer á los pueblos que podían ser acometidos por los indios en la frontera, puso una fuerte sección á las órdenes del coronel Cepeda, que tomó á marchas forzadas el camino de la capital. Todas las poblaciones por donde transitó Cepeda secundaron de grado ó por fuerza la revolución, y sólo se hubo de detener en Motul para hacer sus últimos preparativos.

Reinaba entretanto en Mérida una verdadera ansiedad. Desde la primera noticia que se tuvo del pronunciamiento, D. Miguel Barbachano y ocho de sus partidarios más carac-

(9) *El Regenerador*, números 96 y 97.

terizados habían sido aprehendidos y encerrados en la ciudadela de San Benito. Estas prisiones hicieron suponer al público que los pronunciados del Oriente estaban menos aislados de lo que se pretendía, y como el sistema federal era popular en el país, siquiera porque no traía consigo el sorteo, la revolución comenzó á tener un buen número de simpatizadores. Pero el general Vega tenía á sus órdenes todas las fuerzas permanentes y nacionales de la Península, y le importaba poco que hubiese defecionado la brigada del Oriente, con tal de que permanecieran fieles las del Sur y Campeche. Pronto contó con toda clase de seguridades respecto de estas dos últimas, y después de haber comunicado sus órdenes reservadas al coronel Rosado y al general Cadenas, se propuso afrontar de pronto la situación en la capital con las fuerzas que tenía en ella, y que eran las siguientes: el séptimo de línea, una parte del batallón de la Guardia nacional de Mérida, una sección de artillería y varias tropas de Seguridad pública, que fueron colectadas precipitadamente.

Tales eran las principales medidas que había adoptado el gobierno, cuando la fuerza pronunciada se descolgó sobre Mérida el 27 de septiembre á las once del día. Las trincheras que se habían colocado en algunos puntos avanzados, fueron forzadas por los agresores, y en seguida se dividieron en columnas que marcharon hacia la plaza principal, donde el general Vega había concentrado una gran parte de sus fuerzas. La que avanzó por la calle de Dragones fué batida y obligada á retirarse por una sección puesta á las órdenes del primer ayudante D. Manuel D. de la Vega. La que se presentó por la calle que entonces se llamaba del Loro, también fué rechazada por otra sección que mandaba el comandante de batallón D. Manuel Irastorza. Otra tercera columna, que avanzó bizarramente por la calle principal de Santa Ana entre el nutrido fuego de las alturas, al llegar á la plazuela de Jesús puso las armas á la funerala,



simulando que venía á presentarse al general en jefe, y en esta actitud avanzó hasta la esquina de la casa de gobierno, donde circundó la pieza de artillería y comenzó á manifestar sus verdaderas intenciones. El general Vega ordenó que entrasen en la plaza; pero entonces los pronunciados calaron bayoneta y uno de sus oficiales asió del brazo al comandante general al grito de *¡ Viva D. Miguel Barbachanol* Poca fuerza de infantería había en aquellos momentos en la plaza, porque aun no habían vuelto las dos secciones que salieron á operar por las calles del Loro y Dragones. Con este motivo se apeló á la caballería, y habiéndose arrojado ésta sobre la compacta masa de los pronunciados, se trabó una lucha sangrienta, en que abundaron los combates personales. Algunos momentos después se retiraban los agresores, dejando la calle cubierta de cadáveres y sangre.

Todas estas operaciones se habían practicado bajo las órdenes del general Llergo, á quien el comandante general había conferido de antemano el mando de la plaza. Llegada la noche, el general Vega mandó ocupar las principales alturas, y en seguida se retiró á la ciudadela con la artillería y alguna fuerza sobrante. El mando de la plaza de armas quedó entonces confiado al comandante Irastorza. En cuanto al coronel Cepeda, ocupó las plazas de San Cristóbal y San Juan, donde se fortificó, lo mismo que en la Mejorada, y en seguida hizo levantar una línea de trincheras para hostilizar el recinto ocupado por las tropas del gobierno.

Desde que Montejo había echado los cimientos de la ciudad de Mérida, era esta la primera vez que servía de teatro á los sangrientos episodios de la guerra civil. Varias veces había sido amagada, pero jamás atacada. Y el ataque de 1853 fué rudo y vigoroso, porque en los días que permaneció Cepeda en la ciudad, á cada instante se trababan combates más ó menos importantes entre las fuerzas sitia-

das y las sitiadoras. Las fuerzas del gobierno sólo poseían la plaza principal, la ciudadela de San Benito y las calles que ligaban á ambas posiciones. Cepeda, que poseía el resto, hizo grandes esfuerzos para apoderarse del todo; pero carecía de los elementos de guerra necesarios para este objeto. Llegó á posesionarse de la casa del general Vega, después de rudos y sangrientos combates, con el objeto de abrirse paso en el recinto ocupado por las tropas del gobierno. Alcanzado este primer triunfo, intentó apoderarse de la Catedral, cuyas alturas dominan casi toda la ciudad, y sus soldados lograron abrirse paso hasta el patio y la sacristía. Pero una fuerza del gobierno que atravesó bajo las bóvedas del templo, les salió entonces al encuentro, y después de una breve y reñida lucha, que tuvo lugar á quemarropa; los pronunciados se vieron obligados á retirarse.

Pero mientras las tropas orientales hacían estos prodigios de valor para alcanzar el triunfo de la causa que habían proclamado, se preparaba en las otras extremidades de la Península el desenlace del drama. Luego que se tuvo noticia de lo que pasaba, y conforme á las instrucciones comunicadas anticipadamente por el gobierno, el general Cadenas hizo salir de Campeche, al mando del teniente coronel Oliver, una fuerza que tomó violentamente el camino de la capital. El coronel Rosado levantó al mismo tiempo en el Sur casi toda la brigada de su mando, cometiendo la indiscreción de abandonar por completo á Kampocolché, Sabán, Sacalaca, Ichmul y otros cantones avanzados de la frontera. Ambas fuerzas se reunieron en la hacienda Uayalceh, y puestas todas á las órdenes del Sr. Rosado, se dirigieron á Mérida, no por la carretera principal, donde las esperaban los pronunciados, sino por caminos distintos y en varias direcciones. Una y otra llegaron á su destino en la mañana del 4 de octubre, y cogidos los sitiadores entre los fuegos de aquéllas y los de la plaza, abandonaron precipitadamente sus posiciones y tomaron en desorden el ca-



mino del Oriente. Varios de los fugitivos fueron alcanzados y reducidos á prisión (10). Los tenientes coroneles Marcos Ontiveros y Adriano Villamil, y el joven capitán Gió, fueron de este número, y como por su graduación habían incurrido en las terribles penas que imponía la ley vigente de conspiradores, los tres fueron pasados por las armas inmediatamente, sin consideración á los importantes servicios que habían prestado en la guerra social.

Una calamidad peor que la guerra siguió en la capital á la retirada de Cepeda. El cólera morbo, de que habían venido inficionados los orientales, se desarrolló con fuerza en sus cuarteles, á consecuencia del desaseo y de la aglomeración de gente, y como era de esperarse, invadió toda la ciudad, luego que la cesación de la guerra permitió salir de sus casas á los habitantes. En medio de las atenciones que rodeaban al gobierno con motivo de la intranquilidad en que se hallaba el país, no se descuidó de adoptar algunas medidas sanitarias para disminuir en lo posible los estragos de la terrible epidemia. Pero fueron poco eficaces, como en 1833, y no solamente causó innumerables víctimas en la capital, sino también en las demás poblaciones del Estado, adonde después se extendió.

Representábanse entretanto en Mérida y Tizimín los últimos episodios de la revolución. Cuando los pronunciados emprendieron su retirada hacia el Oriente, encontraron en Euan al coronel D. Sebastián Molas, que venía á incorporárseles con una fuerza insignificante. Al desgraciado jefe no le quedó otro recurso que el de retroceder con los fugitivos á la ciudad de Izamal, adonde los más ligeros llegaron en la tarde del mismo día en que fueron derrotados en Mérida. Cepeda aprovechó las primeras horas de la noche para huir con dirección á la costa, y tal maña se dió

(10) Todos los pormenores del sitio de Mérida, referidos en el texto, han sido extractados de la relación que publicó el periódico oficial, número 98.

para burlar la vigilancia de sus enemigos, que pudo al fin embarcarse y pasar á los Estados Unidos.

No tuvo igual suerte el coronel Molas. Cometió la imprudencia de permanecer en Izamal por el espacio de veinticuatro horas, con el objeto de reunir á los dispersos de la capital, y no emprendió su retirada sino hasta la tarde del 5, llevando consigo alguna fuerza que en su totalidad iba desmoralizada. Una gran parte se le desertó en el camino, y Molas llegó á verse también en la necesidad de huir hacia la costa, con algunos oficiales que quisieron seguirle. Pero era ya tarde para tomar esta determinación. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los fugitivos para buscar una embarcación que los condujese á Belice. El litoral estaba ya vigilado por los agentes del gobierno, y no era posible acercarse á él sin correr el peligro de ser descubiertos. Y no era esto todo. El general Vega había hecho publicar en el periódico oficial una circular en que ofrecía quinientos pesos á la persona que le entregase á Molas ó á Cepeda, y esto debía aumentar necesariamente el número de los perseguidores del primero. Molas comenzó, en efecto, á ser perseguido como una fiera por los bosques y breñales en que buscaba su salvación, y más de una vez se vió obligado á batirse con los que más de cerca le amagaban. En uno de estos encuentros quedó separado de sus compañeros de infortunio, y después de haber luchado algunos días con el hambre, con la sed y con una fiebre que agotó sus fuerzas y su voluntad, cayó al fin en poder de sus enemigos, víctima de la traición de dos habitantes de la costa, quienes sin duda se repartieron la suma ofrecida por el gobierno (11).

Don Sebastián Molas había sido uno de los campeones más esforzados de la guerra social. Cien veces hemos escrito su nombre en las páginas de este volumen para refe-

(11) BAQUEIRO, *Ensayo histórico*, tomo II, capítulo VII.



rir los servicios que prestó á la causa de la humanidad y la civilización en los últimos seis años de su vida. Pero todos los títulos que tenía á la gratitud pública debían ser olvidados para dar cumplimiento á las severas disposiciones de un gobierno, á quien desgraciadamente había reconocido y prestado sus servicios. Conducido á la capital y encerrado en la ciudadela de San Benito, se le siguió una causa militar y fué condenado á sufrir la pena de muerte. El coronel Molas recibió la noticia de esta sentencia con la serenidad que nunca le había abandonado en los campos de batalla, y se le vió marchar al patíbulo con toda la sangre fría y el estoicismo de un veterano. Su ejecución tuvo lugar en el campo de Marte el día 14 de noviembre de 1853, á las ocho de la mañana (12).

Mientras en Mérida sucumbía en el cadalso el jefe principal de la revolución, algunos de los oficiales subalternos que se habían comprometido en ella, intentaban un recurso desesperado para salvar su existencia. Vagando varios de ellos por las montañas del Oriente, y perdida la esperanza de volver al hogar doméstico mientras no se verificase en el país un cambio político que cada día parecía más lejano, cruzó por la mente de alguno la idea de implorar el auxilio de los indios sublevados, y se cuenta que un día en que los referidos oficiales se hallaban entregados á la mayor desesperación porque no prevían el término de sus males, el autor de la idea que acabamos de indicar se les presentó repentinamente, manifestándoles que á corta distancia se hallaban cuatrocientos bárbaros dispuestos á ponerse á sus órdenes para derrocar al gobierno del Estado. A todos sorprendió la audacia y la perversidad del proyecto; pero el capitán D. Narciso Virgilio, que era un joven de imaginación ardiente y el más caracterizado entre ellos, pareció acoger de pronto la idea; porque después de haber hablado

(12) *El Regenerador*, número 114.

con el jefe de los indios y prometídole grandes recompensas, se puso á la cabeza de todos y emprendió su marcha con dirección á Tizimín. Hase dicho en defensa de Virgilio que sólo aceptó el auxilio momentáneo de los indios con el ánimo de retirarlos luego que le sirviesen de apoyo para levantar la Guardia nacional del Oriente y emprender con ésta sola la reacción de su causa (13).

Sea cual fuere la verdad de todos estos pormenores, que no constan en ningún documento oficial, la verdad es que Virgilio y sus compañeros se presentaron repentinamente en Tizimín, á la cabeza de sus auxiliares indios, y como era muy corta la guarnición que tenía la villa, no se pensó siquiera en hacerles resistencia; pero el vecindario recibió con indignación á los jefes del nuevo movimiento, no por ellos mismos, sino por sus aliados, y Virgilio notó con pena que todas las familias se disponían á emigrar, por el temor de que se renovasen las vandálicas escenas de 47 y 48. Procuró calmarlas á todas, y comenzó desde luego á hacer los mayores esfuerzos para reunir á la Guardia nacional del partido, con el objeto de equilibrar, por lo menos, á la fuerza blanca con la india; pero todas sus gestiones se estrellaron contra la antipatía y el horror que inspiraba su empresa, y comprendiendo al fin su error, ó deseando rehabilitarse ante la opinión pública, adoptó una medida todavía más abominable que la que le había colocado en aquella situación. Reunió á todos los indios bajo diversos pretextos en un solo lugar, y acometiéndoles súbitamente con la fuerza blanca que tenía á sus órdenes, hizo en ellos una espantosa carnicería, que costó la vida á más de doscientos, con inclusión del jefe y veinte capitancillos. El periódico oficial de la época condenó esta felonía y manifestó que el gobierno se hallaba firmemente resuelto á castigar á sus autores (14);

(13) BAQUEIRO, *ubi supra*.

(14) *El Regenerador*, números 124 y 125.



peró según el testimonio de un escritor de nuestros días, no persistió por mucho tiempo en este propósito, porque al fin les otorgó su perdón (15).

La revolución de 1853, cuyo último episodio acabamos de referir, fué, en realidad, imprudente, porque no hallándose ramificada todavía en los principales Estados de la república, no tenía ninguna probabilidad para triunfar; pero su tendencia principal correspondía á los votos secretos de toda la nación, como iba á demostrarlo muy pronto el movimiento popular de Ayutla; y si los revolucionarios de Yucatán, al pedir la vuelta del sistema federal, derrocado por el motín militar de Jalisco, pedían también la vuelta de las autoridades del Estado elegidas á fines del año anterior, no hacían mas que pedir el cumplimiento de la Constitución local, como pedían el de la federal. Es verdad que entre estas tendencias venía envuelta la cláusula que llamaba á la primera magistratura de la república al liberticida Santa-Anna, que ninguna confianza podía inspirar al partido federalista. Es verdad también que los promovedores de la revolución y los militares que la acaudillaron podían ser tachados de inconsecuentes, porque todos, sin excepción ninguna, habían aceptado el plan de Jalisco y algunos habían servido al gobierno dictatorial que de él emanó; pero como una causa no deja de ser buena porque haya alguna inconsecuencia en la conducta de sus corifeos ó porque contenga un pequeño lunar que empañe un poco su brillo, la Historia debe consignar en sus páginas que la revolución de 1853, cualesquiera que hubiesen sido las desgracias pasajeras que trajo consigo, fué el primer esfuerzo que se hizo en la república para derrocar la ominosa dictadura que pesaba sobre ella, y que la estaba haciendo retrogradar á los tiempos de la Colonia.

(15) BAQUEIRO, lugar citado.

## CAPÍTULO 'XXIII

1854-1857

Invaden los indios varios de los cantones del Sur, desguarnecidos durante la revolución.—Se organizan fuerzas para recobrarlos.—Nuevas expediciones á Chan Santa Cruz.—Exito desgraciado que obtuvo la segunda que condujo don Lázaro Ruz.—Columnas volantes puestas á las órdenes de los coroneles González y Novelo.—Triunfos que obtienen sobre los sublevados.—Operaciones militares en el Oriente.—Pacificación de algunas tribus del Sur.—Estado que guardaba la administración pública.—Principios conservadores.—Es llamado á México el general Vega.—Le sustituye interinamente en el poder D. José Cadenas, y en propiedad el general D. Pedro de Ampudia.—Plan de Ayutla.—Fuga de Santa-Anna.—El general Ampudia secunda en Mérida la revolución.—El presidente interino nombra gobernador de Yucatán á D. Santiago Méndez.—Constitución federal de 1857.

Dijimos en el capítulo anterior que al emprender su marcha el coronel Rosado para la capital con la brigada de su mando, que era la que cubría el Sur, había desocupado varios cantones avanzados de la frontera y debilitado la guarnición de otros. Las consecuencias de esta imprevisión no se hicieron esperar mucho tiempo. Los indios no tardaron en saber lo que pasaba por medio de sus espías, y súbitamente se arrojaron sobre nuestra línea, arrollando los pocos obstáculos que encontraron en su camino. Tihosuco, Ichmul, Jonotchel, Sabán y Sacalaca cayeron sucesivamente en su poder. Igual suerte corrieron Tahoibichén, Tixcaltuyú, Yaxcabá, Santa María y otros pueblos y lugares del partido de Sotuta. Muchos habitantes de la fron-